

El mundo de Uruk

Louis Torres



Capítulo 1

CAPÍTULO I. El inicio.

En cierto universo, existió un mundo dividido en doce Casas, habitado por distintas razas inteligentes. Su única ley consistía en una prohibición: no viajar de una Casa a otra. Los seres que ahí moraban, vivían entre 200 a 220 años. Todos aquellos que infringían su única regla y cruzaban los mares, eran castigados con el acortamiento de su existencia y eran llamados los media vida.

Desafiando la ley, la embarcación de nombre El Navegante surcaba las aguas del mar con dirección a Coek cuando se encontró con un gran obstáculo.

—Pero, ¿qué es eso? —exclamó Leat, el más joven al servicio del navío, con una marcada impresión en su rostro. Se asomó por la borda y observó el lúgubre lugar hacia donde se enfilaban. Entre los costales amontonados se encontraba una parte de la tripulación jugando a las cartas— ¿habían visto algo así? —preguntó de nuevo, en tanto sus ojos se desorbitaron por la impresión de aquello que veía. Nadie contestó.

Óduk notó la insistencia de Leat y perdió interés en el juego.

—¡Vengan a ver! —exclamó Leat, cuyo temperamento era el de un niño.

Corría por la cubierta hacia la proa para mirar desde ahí sin que nada le obstruyera la vista.

—¿A dónde vas Óduk? —se quejó Sántor, el de los ojos dorados y nacido en Mak, cuando se percató que Óduk estaba por dejar la partida.

—¡Déjalo! ya lo conoces —intervino Calek.

Originario de Taek, la Casa más desértica de todo Urimur. Calek era un joven de ojos verdes, tez blanca y uno de los más traviosos de la embarcación.

Entre tanto, Óduk miraba hacia la proa para averiguar qué tenía tan interesado a Leat. No tardó en advertir del porqué de su insistencia. A lo lejos se enseñoreaba un prominente anillo de rocas que emergía del agua, rodeaba toda la Casa de Coek. Impedía el paso a la ciudad.

Ajenos a lo que estaban por vivir, los marineros continuaron muy

interesados en su pasatiempo y la conversación.

—¿No van a venir a ver esto? —interrumpió Óduk, cuando asomó la mitad del cuerpo por encima de los costales. Todos se levantaron para enterarse de lo que hablaba.

Mientras tanto, el capitán y Antok se encontraban en el timón. Enfilaban el Navegante hacia donde nadie jamás se dirigiría.

—Dei, ¿estás seguro? —preguntó Antok quien sujetaba con fuerza el gobernalle, deseando tirar de él en otra dirección que no fuera hacia donde su joven capitán indicaba en ese momento.

El capitán volteó a verlo y confirmó el rumbo.

—Sí, Anto, ese es el camino —dicho esto, el capitán dejó a Antok y a largos pasos atravesó la cubierta hasta llegar a la proa, donde se encontraban sus vasallos, observando el brumoso panorama.

—Mi capitán, ¿ese es el famoso anillo de rocas de Coek? —preguntó Darko, mientras recogía su negra y alborotada cabellera, despeinada por el aire.

—Sí, ese es ¿habías visto islotes como estos en algún otro lado?

—No, nunca —contestó Darko, impresionado, mientras levantaba la mirada para contemplar las colosales paredes de roca.

—Baja por el resto de la tripulación —ordenó el capitán a Darko— diles que llegamos a los límites de Coek y que en un momento entraremos a la zona oscura.

Leat escuchó la orden del capitán y enseguida brincó con agilidad de la proa para ir a dar aviso a sus compañeros, antes que Darko, a quien Deijor se había dirigido antes.

—¿Entraremos ahí? —cuestionó con preocupación Eron. Su largo rostro se tornó en inquietud.

—¡Acorten vela y prepárense todos! —ordenó el capitán cuando se dirigía al puente.

Entre más se acercaba la nave al umbral de las rocas, más se agitaban las aguas, como si algo las alterara desde su interior en señal de advertencia, pero El Navegante continuó su rumbo y cruzó la entrada, para internarse en la espesura de la niebla.

Un silencio aterrador imperaba en todo el lugar. Algo se percibía en el ambiente y los acechaba en la periferia, pero el navío prosiguió su camino, sin saber que aquello desconocido para ellos y que se encontraba en las aguas, estaban siempre dispuestos a defender el paso con sus vidas.

—¡Anto! ¡Manten el curso! —clamó el capitán.

Se encontraba inquieto por la posibilidad de que en cualquier momento pudieran impactarse contra alguna de las rocas emergidas del agua, además de aquello que los vigilaba.

—¡Capitán! ¿dónde estamos? —gritó Nil desorientado.

El segundo al mando del Navegante subió a cubierta y se encontró con un escenario envuelto en una densa niebla que limitaba toda vista, pronto Deijor apareció entre la espesura gris. Nil de inmediato avanzó hasta él.

—En los límites de Coek —respondió Deijor, el capitán— distribúyanse por toda la cubierta y manténganse alerta ante cualquier situación —indicó a toda la tripulación.

Los nautas se apresuraron a atender la orden de su líder. Se dispersaron por estribor y babor.

—Pero... —titubeó Nil, ante la incertidumbre, pues nunca antes había estado en un lugar como ese— no es posible que estemos en ninguna Casa —apenas murmuró, se negaba a aceptar la orden de su líder.

—Coek es una Casa extraña, incapaz de comportarse como cualquiera de las otras Casas. Debemos estar atentos —pronunció Deijor, mientras examinaba el ambiente.

Deijor era un joven conocedor de los mares, jamás perdía detalle de sus recorridos y esa era una de sus grandes habilidades.

—Nil, hay que apocar las velas —ordenó el capitán cuando se trepaba en la punta de la proa.

—¡Las velas! —ordenó Nil a sus vasallos y fue tras Deijor— pero, capitán, ¿no sería mejor soltar las anclas? —preguntó con voz pausada— podríamos esperar a que se reduzca la niebla. Esto no me gusta nada. Si continuamos avanzando con tan escasa visibilidad podríamos impactarnos —opinó, inquieto por su estancia en el lugar.

—Haz lo que te ordeno y nada pasará —demandó el capitán— porque no querrás saber lo que hay en el agua —exclamó con sequedad, luego bajó de la proa para dirigirse a estribor cuando un sonido extraño puso en alerta a todos— ¡bajen por las armas! —ordenó el capitán y se aseguró

con una lanza.

Los jóvenes bajaron rápido por los instrumentos de combate. Regresaron pronto a cubierta.

—¿Qué es ese sonido? —exclamó Sántor.

El silencio había cesado, se percibía un sonido siniestro, seguido de ello se inició un movimiento difuso en el agua, alrededor de la embarcación.

—¡Algo anda ahí! ¿Lo viste Ómer? Esto no me gusta... ¡Capitán, capitán!

—Ómer, buscó en el agua aquello que Calek creyó haber visto, mientras Calek se perdía en la bruma.

La intranquilidad se había apoderado de toda la tripulación por aquello que se movía con sigilo en las aguas, además del sonido aterrador que provenía de todos lados y de ninguno a la vez.

—¡A la izquierda! ¡vira a babor! ¡vira! —gritó el capitán cuando vio una gran roca a unos escasos metros del Navegante. Antok reaccionó rápido, giró el timón para evitar la colisión.

Todos se encontraban cautelosos a los acontecimientos en torno a la embarcación.

—Que extraño, estoy seguro de haber visto una figura en esa roca —dijo Sey originario de Mok, cuyos ojos se abrieron más de lo normal cuando se dirigió a Leat, hermano de Óduk.

—¿Sobre la roca? —preguntó Leat y se asomó por babor para ver si veía algo.

—No, la misma roca parecía algo —reparó Sey. Ambos observaron con espanto aquel enorme peñón que pasaron casi rozando.

—¿Qué será ese sonido? —preguntó Óduk, cuando volteó a ver a Sántor, mientras prestaba toda su atención a aquello que se escuchaba.

Sántor no respondió nada, prefirió mantenerse en silencio y con su mano hizo una seña para pedirle a Óduk que también callara.

Había una gran perturbación en el navío. Nada era claro, ni el sonido, ni el movimiento que había en el ponto.

—¡Mira eso! —señaló Sántor a estribor.

—¡Es una embarcación! —enunció Óduk.

—¿Esos son cadáveres? —preguntó Calek cuando vio unos cuerpos enredados en las cuerdas de la nave que se avistaba, encallada al pie de un islote.

—Dei, mira, ¿no es esa la embarcación de Telmekar? —preguntó Antok en el timón.

—Sí, es esa. Escuché que estaba extraviada.

—Mira, ahí adelante hay otra —se asombró Antok.

Deijor se dirigió a babor y vio una nave más, semihundida, a la que no se alcanzaba a ver su emblema.

—Capitán, parece que hay alguien ahí —dijo el hombre sucio que recién se había integrado a la embarcación y que Nil, Sey y Ómer, llamados los botas limpias por sus compañeros, no soportaban por su olor tan desagradable.

—¿Dónde? —preguntó el capitán.

—En la embarcación Timor-tep —contestó el que vestía con andrajos.

—¿La Timor-tep? —repitió el capitán, incrédulo de que fuera ese navío.

—Vi a alguien, capitán. Tenemos que ayudarlo —insistió el hombre de ropas sucias y viejas.

—Nil, hay que replegar el trinquete y bajar el aparejo. Iremos a registrar esa embarcación —ordenó el capitán.

—¡Tiren anclas! —ordenó Nil, después de atender la orden de su capitán.

—Pero, ¿cómo reconociste la embarcación? —preguntó Nil al andrajoso, quien ya se preparaba y estaba ansioso por bajar. Nil observó al hombre con evidente desagrado por su repugnante aspecto y mal olor.

El recién integrado a la tripulación del Navegante, ignoró las miradas de Nil y bajó junto con los demás. Cuando alcanzaron la embarcación Timor-tep se adentró a la nave como si estuviera en busca de algo, se dirigió a la parte semihundida del barco y sus ojos se alegraron después de encontrar lo que buscaba.

—¿Hallaste algo? —preguntó Nil, quien desconfiaba de él y en forma

constante vigilaba al hombre.

—No, no hay nadie aquí. Será mejor que regresemos.

—¿Revisaste de aquel lado? —preguntó el capitán cuando entró al lugar, luego de haber escuchado la respuesta del individuo.

—Sí, mi capitán —respondió él y bajó la mirada.

—¿Encontraron algo? —preguntó Erian, el joven pelirrojo, de rostro anguloso y huesudo, alto y flaco, reclutado en Zoulk, quien llegó tras el capitán a la cabina de la nave.

—No, no hay nadie con vida. Regresemos —ordenó el capitán.

—Ya vio mi capitán —dijo Nil— ¿por qué tendrán esa expresión de terror?

—Es muy extraño. No tengo ni idea de lo que haya pasado aquí. Volvamos al Navegante.

—¡Ya están aquí! —se escuchó la voz de gozo de Sey, uno de los llamados botas limpias, cuando vio acercarse el pequeño bote con sus compañeros a salvo.

—¡Súbanlos! —ordenó Antok.

—Dei ¿qué pasó? —quiso saber Antok, cuando se encontraron arriba.

—¡No sé qué pasaría ahí, pero hay que movernos ya! —manifestó nervioso el capitán.

—¡Suban anclas y leven velas! —ordenó Antok, mientras Nil se colocaba frente al timón.

La embarcación retomó su camino entre la niebla, que poco a poco se despejó y esto permitió ver un poco más allá, de pronto el agua se calmó y también el sonido cesó. Aquellas criaturas que acechaban, retrocedieron en sus intenciones de dañar a la tripulación.

—Mira, ahí hay otra embarcación, ¿qué es esto? ¿un cementerio de naves? —dijo Eron en voz baja.

Originario de Hae, de ojos claros, maxilares marcados y carácter alegre, vestía ropa fresca al igual que el resto de sus compañeros, una camisa con una abertura en el pecho, en color claro, pantaloncillos oscuros y

botas altas. Portaba un arma larga y afilada.

Deijor y Antok se dirigieron hacia el puente, donde se encontraba Nil, mientras Antok observaba la vista, fascinado.

—¡Qué belleza! Nunca había visto islotes tan gigantescos. El color de la niebla, las avenidas que trazan las mismas rocas. Que imponente y que terrorífico a la vez.

—Y cuánto silencio —notó Deijor en el tiempo que sintió un escalofrío.

—Cuántas embarcaciones más habrá aquí sepultadas —agregó Antok. Nil dirigió su mirada hacia ellos, preocupado.

—¿Ahora, crees en los relatos de Buderlet? Tanto tiempo llamándolo loco y mira esto. Todo lo que contaba en los muelles era cierto —mencionó el capitán.

Buderlet era un enfermo de la mente que contaba muchas historias en cada puerto que visitaba. Se veía vagar por temporadas en todas las Casas. Había sobrevivido a un intento por internarse en el anillo de rocas de Coek.

—Nunca creí que fuera a decirlo, pero sí. Ahora lo creo —enunció Antok.

Avanzaron entre los islotes durante un rato. Nada extraño sucedió. Deijor recibió el timón y dirigió la embarcación hacia un claro que mostró con más nitidez unos símbolos grabados en las rocas, que todos en cubierta observaron con interés, para después llegar al fin de la travesía y dar paso a las aguas de las costas de Coek.

—¿Viste esas criaturas? —preguntó Antok a su capitán cuando salían de la zona de niebla.

—Sí, las vi.

—¿Y qué opinas? —consultó Antok.

Deijor, de Tuk, enfocó sus ojos oscuros hacia su amigo y levantó los hombros.

—Es una Casa muy rara Antok, tú ya sabes lo que se dice de ella.

Antok se quedó con las ganas de hablar de aquello, sabía que Deijor no conversaba mucho, pero aún así continuó con la plática.

—¿Y qué eran esos grabados en las rocas?

Deijor mantenía su mirada hacia adelante, dudoso en responder a Antok, pues no quería que los jóvenes creyeran en supersticiones.

—Esos símbolos grabados en las rocas los he visto antes, se llaman sigilos. Es hechicería pura —enunció después de un momento. Antok miró interrogante a su capitán.

—Olvídalo Anto, ya estamos a salvo —pronunció Deijor cuando vio la intención de Antok de saber más.

Deijor extendió el brazo y golpeó el hombro de su amigo, por su buen desempeño en el timón.

El anillo de rocas había quedado atrás, ahora se encontraban en zona despejada y segura. En ese momento la embarcación surcaba las aguas color turquesa en el extenso mar de Coek, mientras en lo alto, el Sol brillaba en el cielo azul y algunas pequeñas nubes cruzaban el firmamento.

Cuando atravesaban los últimos islotes, los jóvenes divisaron a lo lejos la enigmática ciudad.

—¡Llegamos a Coek! —se escuchó decir al más chico de la tripulación.

Todos celebraron al unísono y con gran algarabía.

—¡Miren qué enorme estructura en medio del agua! —dijo Ómer, nacido en Mok, otro de los llamados botas limpias. Los demás contemplaban la única Casa que jamás habían visto.

Esa colosal estructura era el corredor hacia el embarcadero. Una gran bóveda de crucería que en la entrada tenía esculpidas unas hermosas criaturas gigantes de seres alados, que daban la bienvenida a la Casa de Coek.

—Parecemos nada bajo ella —dijo Sey de Mok a sus compañeros, quien se destacaba por tener un cuello largo.

—Ya no recordaba lo gigantesca que era —pronunció Deijor cuando se movían bajo la entrada.

La mayoría contemplaba el prodigioso trabajo arquitectónico de la bóveda, decorada en la parte cóncava con figuras geométricas perfectas.

—¿Había estado aquí antes, mi capitán? —preguntó extrañado Erian, el pelirrojo, de rostro anguloso y huesudo, después de escuchar a su

capitán.

—Fue hace mucho tiempo Erian, pero es algo de lo cual prefiero no hablar.

Navegaron unos minutos bajo la gran estructura.

—¿Listos para fondear? —gritó Nil, el segundo del Navegante— ¡suelten anclas!

¡Por fin en el puerto de Coek! —manifestó Darko de la casa de Druk, quien contemplaba deslumbrado la ciudad construida en el agua. Claro estaba que no existía en ninguna otra Casa construcción que se le asemejara.

Así que esta es la misteriosa Coek —pensó el joven de piel oscura.

Una vez que la embarcación fue atracada en el muelle. Nil bajó a las bodegas y mientras hurgaba en uno de los sacos le estorbó su cabellera. Se dispuso a atarla. Introdujo la mano en el bolsillo de sus pantalones para sacar un cordón gris.

Cuando terminó de anudar la pequeña cuerda en su pelo, escuchó un ruido en el fondo del lugar, volvió la mirada y se encontró con una entidad oscura, de ojos penetrantes que lo observaban.

El joven sintió que las piernas temblaron y salió corriendo de la bodega despavorido. Sus pisadas eran tan largas y rápidas que, al llegar a las escaleras, en cada paso avanzaba dos escalones a la vez. Quería llegar arriba lo antes posible. Agitado y con la coleta deshecha, se movía sin mirar donde pisaba y cuando estaba por llegar al último peldaño se estampó con el enorme cuerpo del capitán.

Deijor de Tuk, frunció el ceño, lo sujetó por los hombros para detenerlo y después alejarlo.

—¿Qué pasa? ¡Tranquilo! —pronunció el capitán.

—¡Capitán! acabo de ver algo en la bodega —apenas profirió, agitado y con el rostro desfigurado.

—¿Qué cosa? —preguntó el capitán sin comprenderlo.

—No lo sé, no lo sé. Era aterrador y de ojos brillantes.

Deijor vio a Nil con desconcierto, apartó a su segundo del camino para dirigirse a la bodega. Cuando llegó observó cada parte de la pieza, pero no había nada, más que sacos y mercancía por todos lados. Nil se

mantuvo bajo el marco de la puerta, mientras alegaba.

—Le aseguro mi capitán que ahí estaba —y extendió el brazo para apuntar con su mano hacia el fondo de la habitación, en donde había visto la figura tenebrosa.

En el lugar donde Nil había observado aquello, sólo se encontraba un libro.

—¿Qué es esto? —preguntó Deijor y se acercó.

—No sé —respondió su segundo, todavía perturbado —le juro que vi algo. Yo...

Deijor dirigió una mirada de duda a Nil. Tomó el libro y se encaminó a la puerta. Nil todavía no comprendía qué había visto, antes de retirarse, observó de nuevo la bodega, sin notar que alguien se mantenía oculto entre la mercadería.

—¡Capitán, créame!

El capitán entornó su mirada hacia Nil con cierta incredulidad, cuando entró a su privado se encaminó hacia su escritorio, lo rodeó y jaló la silla para sentarse, mientras escuchaba el parloteo de Nil.

En ese momento, el capitán recordó su estancia en la niebla.

—Sí... entiendo Nil —agregó, luego volvió su atención al libro, miró con desagrado la portada y lo dejó sobre la mesa de trabajo.

Nil se acercó para apreciarlo mejor y puso una cara de asco.

—¿Está hecho de piel? ¿Y eso es un ojo? Pareciera que el otro está lastimado, como si recién se lo hubieran sacado —expresó Nil, horrorizado— capitán, es lo que vi en la bodega, ese rostro que está grabado en la tapa.

El capitán levantó sus ojos escépticos hacia Nil, para luego tomar una daga. Trató de introducir la punta del cuchillo en lo que aparentaba ser una cerradura, pero no cedió, parecía inviolable.

—Busca a Darko y dile que venga para que abra esta cosa.

Darko, el joven piel de ébano, era muy hábil en varios menesteres, fue apodado el oficios. Aunque la minería era la mayor experiencia que tenía, antes había aprendido muchos trabajos, debido a que desde niño se había escapado de Druk, su Casa, por esa razón vivió cortos períodos en casi

todos los suelos de Urimur.

—Darko bajó, debe estar en la ciudad —contestó Nil.

En ese momento apareció Antok en el umbral del privado.

—¿Qué hacen? Ya todos bajaron —interrumpió la conversación, caminó para adentrarse a la pequeña habitación y dirigió su atención hacia el libro que vio con el mismo desagrado que había producido en Deijor y Nil antes.

—¿Qué es esa cosa? Es asqueroso.

Deijor hizo a un lado el grimorio y tomó su libreta.

—Vamos a la taberna para avisar que estamos aquí y ofrecer lo que traemos, luego buscaremos el encargo por el que vinimos. No quiero permanecer en esta Casa más de lo necesario. Coek no tiene nada bueno —Antok volteó a ver a Nil para que dijera algo, pero este no dijo nada.

Deijor se levantó y salió del privado, tras él caminaron los jóvenes, bajaron de la embarcación y tomaron las calles de la ciudad con destino a la taberna.

Deijor, Antok y Nil, eran más que compañeros de viaje, eran como hermanos. Los tres se conocieron en Mok, no hacía mucho tiempo atrás.

II. En Mok

Tres inviernos antes, Deijor viajó a Mok para adquirir su embarcación, llamada El Navegante, la misma noche de su llegada pasó a la taberna donde conoció a Antok.

Antok se encontraba sentado en un banco, cerca de la barra, con un aspecto un poco desagradable: se veía sucio y harapiento. Era evidente que no consumía nada. Había unas mesas desocupadas cerca de él, pero Deijor optó por sentarse al fondo de la taberna, luego llamó al sirviente. Pidió de comer y de beber.

El enorme joven de pelo negro no pudo evitar dirigir la mirada hacia donde se encontraba Antok. Notó que no era de Mok. El color de su pelo castaño oscuro y sus característicos ojos rasgados lo delataron.

Sin duda viene de Seb —pensó Deijor.

Cuando Antok se percató de ser observado por Deijor, decidió levantarse y se dirigió a su mesa. Esto permitió que Deijor notara que no era tan alto como parecía, aunque se veía fornido, su rostro denotaba cansancio y penuria. Todo eso debía ser porque era un vagabundo o un desertor reciente. Llamados así, entre los media vida, a todo aquel que dejaba su Casa.

—¿Puedo sentarme? —pidió dudoso, Deijor asintió con la cabeza, hizo un ademán para que se acomodara.

Antok jaló la silla como si le faltaran fuerzas para moverla y luego descansó en ella.

—Me llamo Antok, de Seb —se presentó.

—Soy Deijor, de Tuk —contestó Deijor y extendió el brazo para darle la mano. Antok no pudo contener la emoción después de escuchar lo dicho por el joven.

—¿De Tuk? —preguntó con evidente impresión, ya que nunca antes había visto a ninguno de Tuk— que coincidencia. Me dirijo hacia allá ¿es cierto que ahí instruyen a todos desde niños en la lucha? ¿y que los muros de la ciudad son tan altos que cualquiera parece insignificante ante ellos? También he escuchado decir que ahí es donde reposan Los doce buscadores ¿Es verdad? —Antok abrió lo más que podía sus rasgados ojos marrones, al mismo tiempo que hacía sus preguntas sin dejar a Deijor responder ninguna.

Había salido de su Casa con la idea de dirigirse a Tuk, pero la embarcación desvió su destino y ahora se encontraba varado en Mok. De tantos relatos sobre Tuk que se escuchaban en los muelles de Seb, lo habían hecho soñar toda su vida en conocer esa Casa. La ciudad colosal, la ciudad del bullicio que nunca calla, la ciudad de los grandes, eran algunos de los adjetivos que describían la Casa de Tuk.

Deijor ignoró todas las preguntas de Antok y contestó con otra.

—¿Por qué dejaste Seb? —tenía curiosidad en saber qué había motivado a Antok a desertar siendo tan joven.

Antok no supo qué responder. Levantó los hombros y fijó la mirada en un punto de la mesa, se tomó un tiempo para contestar la pregunta que nunca antes se había hecho él mismo, hasta que de sus labios brotó la respuesta.

—No lo sé... un día desperté y sentí el deseo de cruzar el océano. Creo que —pensó por un momento— lo que hacía no me complacía, pero mi gran anhelo siempre ha sido viajar a Tuk ¿En verdad eres de ahí? He escuchado historias fantásticas de Tuk. Tengo una imagen de la ciudad. Me la regaló un navegante.

Antok se apresuró a meter la mano en el bolsillo, sacó un pedazo de papel bastante maltratado, que luego extendió sobre la mesa para mostrarle al joven de pelo negro. Deijor observó con nostalgia aquella imagen de la ciudad de Tuk, hacía tanto tiempo que no paraba por ahí.

—Sí, esa fue mi Casa hace muchos años, pero ya no más —contestó con sequedad y apretó con fuerza el tarro que sostenía en su mano, esperando que no hubiera más preguntas al respecto.

Antok no comprendió el fondo de aquellas palabras porque realmente no puso atención, tenía tanta hambre que no podía evitar dirigir de forma constante su mirada hacia el plato de comida en la mesa y llevó la conversación hacia su necesidad.

—Ahora me encuentro varado aquí, porque el destino así lo ha decidido. Salí de Seb sin una daka —las dakas eran unas monedas muy pequeñas— y sin poder costear el viaje, por lo que tuve que ofrecerme para trabajar en la embarcación que me trajo hasta aquí. Llegué hace dos días. No he comido nada desde entonces. Tuve un problema con el capitán y me bajé de la embarcación —Deijor apenas iba a dar un bocado a su comida, se sintió incómodo cuando vio los ojos de Antok.

—Pide algo —pronunció con fastidio, mientras se alejaba de su plato.

De inmediato Antok levantó la mano, hizo un ademán y gritó al sirviente.

—Tráeme lo mismo que a él.

—Ya era hora de que pidieras algo ¿Traes para pagarlo? —preguntó el sirviente con desconfianza.

—Él pagará —Antok apuntó a Deijor con el dedo.

—Mmm... —gruñó el empleado.

En cuanto Antok tuvo su plato en la mesa comenzó a devorarlo.

—¿Puedo pedir otro y algo de beber? —preguntó a Deijor— no quiero abusar de ti, hermano, pero siento que no fue suficiente —Deijor asintió

con la cabeza, mientras observaba.

No terminaba de comprender por qué alguien como él podría haber dejado su Casa. Era tan joven como para haber decidido vivir una media vida. Ambos terminaron de comer al mismo tiempo, sólo que Antok había pedido dos veces.

—Si tantos deseos tenías de salir de Seb, debiste ahorrar un poco para hacer el viaje.

—Lo sé. Trabajé en el barco, pero únicamente me daban comida a cambio.

—¿Tienes dónde dormir? —preguntó Deijor, seguro de obtener un no por respuesta.

—No. Pensaba quedarme aquí toda la noche —apenas terminó de decir aquello, volteó a verlo el sirviente, en desapruebo por lo que acababa de escuchar— no tengo donde dormir ni hoy, ni mañana.

Deijor pensó que podía reclutar a Antok, ya que él estaba en busca de nautas para su nueva embarcación.

—Estoy hospedado en la posada. Te puedes quedar conmigo, hay una cama extra.

—¿De verdad? ¿Me estás invitando de tu posada? ¡Oh! sabía que no podía continuar así como hasta ahora, con este frío que hace, no he parado de temblar todo el día.

En ninguna Casa se ofrecía ayuda a los desertores. No era aceptada la desobediencia a la única ley de Urimur No ir de una Casa a otra.

—He venido a Mok por una embarcación que encargué hace dos años —señaló Deijor— tal vez ya esté terminada, pero eso lo sabré mañana. Deseo zarpar lo antes posible, aunque aún no cuento con tripulación. Me preguntaba si quieres ir conmigo, además de ayudarme a buscar desertores.

—¿Y vivir en el mar?

No era algo que Antok hubiera considerado algún día.

—Por lo que me has contado, entiendo que tu gran deseo es ir a Tuk, pero una vez fuera de tu Casa qué más da ya donde vivas. Al final ya nada será igual, ni aquí, ni allá. ¿Crees que harás una vida en Tuk? ¿quién querrá desposarse con un media vida? ¿quién te dará una mano siendo lo que hoy eres? Dime, ¿alguien te ayudó estos días? La vida no será la misma

nunca más. Escogiste tu destino Antok de Seb, ahora tendrás que afrontarlo —concluyó Deijor con dureza y un dejo de melancolía.

—Tal vez tengas razón en lo que dices —contestó Antok un poco pensativo y cabizbajo.

—Me gustaría que me acompañaras mañana temprano a una de las aldeas. Si te decides a surcar los mares conmigo.

Deijor sacó un mapa que traía entre sus ropas, para mostrarle a Antok las rutas del comercio que pretendía llevar, una vez que le entregaran la embarcación y zarpara al mar. El mapa era de color azul, tenía una Rosa de los Vientos pintada con colores naturales que contenía las doce Casas y las rutas del comercio. En la parte de arriba tenía dibujadas tres líneas, iniciaban de izquierda a derecha. Con un encabezado en el centro, que decía Las doce Casas y Comercio. En cada una de las Casas estaba indicado los recursos naturales, además de los productos que se comerciaban.

Mientras el joven explicaba sus planes a Antok, el tiempo transcurrió muy de prisa. Cuando Deijor se percató de lo tarde que era, pagó la cuenta, se levantaron de la mesa y salieron de la taberna para dirigirse a la posada.

Afuera, el olor a tierra húmeda inundaba toda la ciudad. Aún había mucha gente yendo y viniendo por las calles. El camino apenas estaba iluminado. Había muchos charcos en todo el sendero.

Después de haber cruzado uno de los puentes, un muchacho se abrió camino entre la gente con la intención de alcanzarlos, cuando logró adelantarse, se colocó delante del atlético joven de Tuk.

—Señor, estoy vendiendo estas perlas —el negociador mostró al capitán un pañuelo extendido donde traía las joyas que pretendía vender. Deijor no se interesó en verlas por la escasa luz que había, además que tampoco estaba en busca de ese tipo de mercancía. Pero el muchacho no iba a desistir, después de ser ignorado por el corpulento joven de Tuk. Así es que pensó ofrecérselas a Antok. Cuando se acercaban a otra tea más brillante, el chico de Mok logró observarlo mejor, notó que Antok estaba algo andrajoso y que no conseguiría nada de él. Decidió alcanzar e insistirle de nuevo a Deijor.

—No estoy interesado —pronunció él, levantó el brazo para alejarlo, ya que el joven de Mok se había interpuesto de nuevo en su camino.

Esto hizo que el vendedor de las perlas obstruyera el paso a otros caminantes, quienes aprovecharon para observar, con disimulo, el impresionante tamaño y sobre todo la apariencia del oriundo de Tuk, que

nunca pasaba desapercibido.

—Son valiosas. No conseguiré otras como estas.

Deijor hizo una pausa en su andar, ya que consideró que no era un lugar donde se encontraran esas perlas, entonces pensó que tal vez ese zagal no era de Mok y podría reclutarlo como tripulación.

—¿Dónde las has encontrado? —preguntó, enseguida se acercó a una débil tea, alzó la mano hacia la luz para observar las joyas.

—Las encontramos en un acantilado. Voy seguido ahí con mis amigos. Dame un poco de urek y son tuyas —insistió obstinado en hacer la venta— ¡Vamos! Estoy persiguiéndolos desde que salieron de la taberna.

El urek era un mineral precioso y valioso con el que se acuñaban las dakas.

—¿Y qué harás con el urek? —preguntó al muchacho cuando devolvió las perlas.

—Construiré un barco para irme de aquí con mis amigos.

Desde un tiempo atrás, reunía madera para iniciar la construcción de su barca, pero él sabía perfectamente que era un sueño muy grande para lograrlo pronto. Pues la madera que tenía amontonada en su casa sólo era basura y no tenía permiso para cortar árboles.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Deijor.

—Veintidós.

La misma edad que Antok y Deijor tenían.

—¿Y tus amigos? —continuó interrogándolo.

—20 Sey y 19 Ómer.

—Entonces, ¿eres de aquí? —quiso asegurarse.

—Sí, pero ya no quiero permanecer más aquí y mis amigos quieren acompañarme —contestó, ocultando el verdadero motivo por el que quería marcharse.

—Deberías considerarlo. Morirás mucho antes de lo que debes ¿Eso no te importa?

La penumbra evitó examinarlo con más detenimiento, por la sombra, Deijor notó que era poco robusto y alto, nada más pudo percibir de aquél joven. La luz de la tea no era suficiente para alumbrarlos. Deijor colocó las manos en los hombros del vendedor para apartarlo con el propósito de continuar su camino hacia la posada, pero el doncel no cedió, insistía en venderle las perlas, atravesaron la plaza ya poco concurrida y antes de llegar a la posada, cuando vio que no lograría la venta, el muchacho de las perlas detuvo su andar.

—Quiero irme porque no tengo a nadie. Es una decisión que ya tomé. Además, ustedes tampoco vivirán mucho —replicó como último recurso.

Deijor, interrumpió la marcha.

—Piénsalo mejor, no sea que después te arrepientas, entonces no podrás revertir esa decisión —se dio la media vuelta y se alejó para entrar al mesón.

Antok se había quedado atrás sin interferir, cuando pasó al lado del mozo de las perlas, pisó un charco y lo salpicó de lodo. El joven de Mok volteó a verlo, arrugó el entrecejo, luego intentó limpiarse. Antok siguió de largo haciéndose el despistado.

Al día siguiente, muy temprano, Antok y Deijor se dirigieron al astillero, aunque Antok todavía no estaba convencido de ser parte de la tripulación, pero había decidido acompañar a su nuevo amigo.

—Hoy amaneció todo congelado. Anoche pasé mucho frío. Afortunadamente tuve un techo donde templarme.

Antok se sintió agradecido con Deijor de haber tenido dónde pasar la noche.

Esa mañana la temperatura se había intensificado. Ambos resoplaron en sus manos para calentarlas. El vaho emanó de sus bocas mientras tiritaban de frío.

—El invierno está muy cerca, pronto todo se vestirá de blanco y la Sierra Grande será impenetrable con las primeras nevadas, por eso hoy iremos a Keeba. No quiero estar aquí para la primera nevada.

—¿La Sierra Grande?

—Sí, si observas a tu espalda todo eso es la Sierra Grande, aunque también le llaman el Bosque Sagrado. Dicen que ahí vive una antigua reina, dueña de todo el lugar, aunque, es una vieja leyenda, pues nadie la ha visto —el joven de pelo azabache extendió el brazo, moviéndolo de un lado a otro, para indicarle a su nuevo amigo, mientras Antok entornaba

sus ojos, incrédulo, después de escuchar sobre la dueña del bosque— verde y frondosa todavía. Si nos quedamos unas semanas más, todo lucirá de color blanco, aunque podría nevar de un momento a otro.

—Mok es hermosa —continuó Deijor— pero la mayor parte del tiempo es muy húmeda, por tantos brazos de ríos dentro de ella. ¡Vamos, no quiero que se nos haga tarde!

Tomaron la senda que llevaba al astillero. Caminaron a prisa entre los charcos, luego atravesaron uno de los puentes, continuaron sin parar hasta llegar al sitio de donde provenía el golpeteo de los martillos y el serruchar de la madera. Había mucha gente trabajando y maderos tirados por todos lados. Al fondo del lugar se encontraba el constructor, daba indicaciones a sus trabajadores. Deijor se dirigió hacia él. Cuando el constructor notó la presencia del capitán, fue a su encuentro.

—¡Señor Deijor! —pronunció, enseguida extendió la mano para saludarlo— vengan por acá —expresó, luego indicó el camino para llevarlos a un lugar menos ruidoso.

—¿Cómo van los trabajos señor Dunka? —preguntó Deijor cuando caminaban a su lado. Entraron a una habitación iluminada por los tenues rayos del Sol, que apenas se colaban por una de las ventanas del pequeño lugar. Al fondo se encontraba una mesa alta, sobre ella el plano de la embarcación.

—Estamos trabajando en los acabados. No tardaremos mucho en entregársela —el señor Dunka mostró el plano a Deijor para indicarle los detalles que faltaban, después de eso, los invitó a que vieran los avances— vamos, para que vea el barco.

El constructor tomó el plano del tablero, luego salió del lugar, se dirigían a donde se encontraba la embarcación. En el trayecto sacó unos cigarrillos de su bolsillo, que ofreció a ambos.

—Este tabaco es de Hae —aseguró.

—No sabía que en Hae cultivaran tabaco —contestó Deijor.

—Pocas personas lo cultivan, bueno eso fue lo que dijo un amigo mío que estuvo aquí hace unos días y me dejó un poco. De la embarcación del Alazmak, Tebufkel. Tal vez lo conozca.

—¿Tebufkel? —el joven de ojos negros trató de recordar ese nombre— no, pero he visto esa embarcación. Y creo que fue la vez pasada que vine, pero no conozco su tripulación. Casi siempre viajo en el Bal-zu, ahí tengo

buenos amigos.

—¿En el Bal-zu? —el señor Dunka levantó una ceja— bueno, ¿la joven Naele tal vez será el motivo? —preguntó interesado.

—Oh, no. No es por ella que viajo en el Bal-zu, es por unos amigos que tengo en ese navío. Ella no tiene mucho con la embarcación, además es bastante ruda —sonrió.

—Bueno, pero a alguien le gustará así —contestó el constructor.

—Yo viajé por mucho tiempo en el Bal-zu, hasta que el capitán perdió la embarcación en una apuesta de taberna —comentó Deijor.

—Sí, estoy enterado de eso. ¿Entonces no le gusta Naele?

—No. Tampoco la escoria que la acompaña. Pero bueno, enfoquémonos en mi embarcación —apuntó Deijor satisfecho de ver su navío. Había notado el interés del constructor por Naele, la nueva capitana del Bal-zu.

—Como dije antes, ya casi terminamos. Pasen por acá —indicó el señor Dunka. Subieron por unos tablones viejos. Arriba les mostró la cubierta y una pequeña habitación.

—Se ve bien —opinó Antok.

—¿Y las bodegas? —el joven de Tuk, quiso saber del lugar donde almacenaría su mercancía, ya que para él era lo más importante.

—Vamos abajo, se las mostraré —bajaron a las bodegas. Constataron con satisfacción la amplitud de estas, sobre todo que estaban bien aireadas. Satisfechos continuaron con el recorrido del resto de la nave.

—Esta es una habitación grande —dijo Antok.

—Sí. Es la habitación de la tripulación —respondió el constructor.

—La de arriba me imagino es la del capitán.

—Así es —asintió Dunka.

Cuando pasaron por la cocina, Deijor aprovechó para hacerle un comentario a Antok.

—Antok, creo que este será tu lugar favorito.

—¿La cocina, eh? —ironizó el señor Dunka y no se hicieron esperar las risas— Estará lista en dos semanas más —informó el constructor a Deijor.

—¿No podría ser antes? Una semana tal vez. Está por entrar el invierno, no quiero estar por aquí cuando eso suceda.

—Lo sé, señor Deijor, pero tenemos mucho trabajo atrasado. Dos semanas es buen tiempo para terminar sin problemas.

—Parece que tendremos más tiempo para buscar tripulación —aseguró resignado el enorme joven, después de saber que no podría marcharse pronto. Extendió la mano al constructor para despedirse— nos vemos pronto, entonces.

—¡Oye, oye! ¿Qué estás haciendo? ¡Ten más cuidado! —se escuchó decir a gritos al constructor, mientras Deijor y Antok se alejaban del astillero. Se encaminaban hacia la taberna sin darse cuenta que había alguien que los observaba con gran interés. Era el joven de las perlas del día anterior.

—Necesitamos conseguir tripulantes —comentó Deijor a Antok, mientras caminaban por el camino encharcado.

El viento soplaba, la mañana se sentía muy fría. La gente empezaba su día con normalidad, unos iban y otros venían de regreso de los muelles con mercancía de las naves que se encontraban fondeadas en el embarcadero.

—Tal vez tengamos suerte y encontremos algunos desertores en Mok —se ilusionó Deijor, mientras cerraba su abrigo para evitar enfriarse.

—Espero que sí —agregó Antok, confiado de encontrar desertores en la tasca, aún no estaba seguro de querer internarse en los mares.

—La taberna es un buen lugar para reclutar, deberíamos encontrar alguno —agregó Deijor, mientras se agachaba para coger una piedra, que lanzó al agua y rebotó sobre la capa de hielo que cubría la pequeña laguna— te aseguro que ahí habrá más de uno que no sea de aquí.

Cuando llegaron a su destino, notaron que el sitio estaba poco concurrido. Buscaron un lugar para sentarse cerca del enorme brasero chisporroteante, el cual calentaba todo alrededor. El sirviente se acercó para atenderlos.

—Quiero un kurtag —dijo Antok.

—Igual yo —agregó el joven de dos metros de altura.

El kurtag era una comida que se acostumbraba en temporadas invernales en Mok, consistía en unos fideos de arroz con carne de jalí y varias coberturas.

—Parece que tendremos que volver más tarde —murmuró Antok, cuando advirtió que no habían tenido suerte de encontrar desertores.

El sirviente se acercó para colocar las bebidas en la mesa. Miró con desagrado a Antok después de reconocerlo. Antok bebió un sorbo de su tarro, arqueó la ceja en desaprucho por la actitud del criado hacia él, luego se volvió para ver a Deijor. Después dirigió su mirada hacia unos jóvenes que recién entraban a la taberna. Los contempló hasta que se perdieron al otro lado del recinto. Uno de ellos le pareció conocido.

—Cuando volvamos de Keeba regresaremos aquí, para ver si encontramos a algún desertor, por ahora ocupémonos de nuestro desayuno —enunció Deijor, mientras daba un bocado a su comida.

Entre el crepitar del brasero se escucharon unas carcajadas, provenían de la otra área de la taberna. El joven corpulento se asomó para ver quién tenía tanto alboroto. Ahí estaban cinco muchachos. Los observó por un momento, cuando estos notaron su presencia, uno de ellos se levantó para acercarse a él. La noche anterior, ese mismo joven había intentado venderle unas perlas.

—Señor, tengo una nueva propuesta —el muchacho sacó las joyas de su bolsillo. En ese momento Deijor reparó de quien se trataba.

Ante los ojos de Deijor pareció bastante pulcro y presentable para ser huérfano, entonces se preguntó qué motivo tendría ese mozo para querer aventurarse en los mares y convertirse en un media vida.

Dirigió su atención a los otros jóvenes, mientras estos aguardaban en silencio. Hasta que el capitán respondió.

—No lo creo. Será mejor que regreses con tus amigos.

—No tengo a nadie en Mok —refutó impaciente— mi madre murió hace más de un año. Estoy solo. No quiero quedarme aquí —agregó con un nudo en la garganta, bajó la mirada. Sus ojos se volvieron vidriosos. Esto hizo reconsiderar a Deijor.

—Y tus amigos, ¿también son huérfanos? —el joven de pelo negro dirigió su atención hacia los demás jovencuelos, quienes esperaban atentos su respuesta, entretanto Antok observaba, deseaba que su nuevo amigo considerara la opción de reclutarlos.

—No, pero como ya dije, ellos también quieren irse de Mok —respondió el negociante de las perlas. Sospechó de una negativa a su petición.

—Sólo te llevaré a ti, ellos se quedan —Deijor soltó su tajante respuesta— saldremos en dos semanas —concluyó.

—Pero esto vale por los tres y hasta por más —protestó el joven. Mostró de nuevo las gemas, pero Deijor no estaba interesado en ellas.

El muchacho de las perlas se volteó hacia Antok, con la esperanza de que pudiera ayudarle a convencer a su amigo, que a su juicio parecía muy difícil de persuadir.

—Tómalo o déjalo —fue la nueva respuesta de Deijor. Después volteó hacia Antok y con un movimiento de cabeza indicó a su amigo que se marcharan.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó el joven de Mok, antes de que Deijor se retirara— mi nombre es Nil.

Deijor se detuvo, esperó unos segundos para responder.

—Estaremos aquí por unos días, ahora mismo estamos buscando desertores para reclutar.

—¿Desertores?

—Sí, eso serás tú cuando salgas de Mok.

—Ah, ya entiendo. El único desertor, como ustedes les llaman, es el que sirve aquí, pero no creo que quiera irse.

—¿El que sirve? Es un poco extraño —dijo Antok con desapruebo.

—Ponte de acuerdo con Antok para que busquen a otros —Nil había recibido la primera orden de su nuevo capitán.

Consiguió ser reclutado para la tripulación que formaría parte del Navegante.

—Si encuentran desertores, estaré en la posada —el joven de pelo azabache gustaba de la soledad, pues pensaba mucho en su pasado.

—Iré a buscarte más tarde para ir a la aldea —acordó Antok.

Deijor se cerró el abrigo antes de salir del lugar. Casi era media mañana, el cielo gris anunciaba más frío. Había mucha gente preparándose para las fiestas de Mok. A pesar del clima se sentía calidez por doquier, el ánimo

de la gente era muy jovial.

Antes de llegar a la posada se encontró con unos niños que se tiraban con pedazos de hielo que habían recogido del agua congelada, unos trozos cayeron en su ropa, entonces los pequeños, después de darse cuenta de lo que habían hecho, corrieron a esconderse. Deijor se sacudió, continuó su caminata a la posada, ahí esperaría la hora de partir hacia Keeba.

Por la tarde, Antok fue en busca de su nuevo amigo de Tuk, pero antes de entrar al mesón se encontró con él.

—Es tarde —pronunció Deijor cuando se toparon— alquilaré unos caballos ¡Vamos!

La aldea Keeba se encontraba en la parte boreal de Mok, donde iniciaba la extensa cordillera de Estagena.

Ambos atravesaron la plaza abarrotada. Se escuchaba un gran bullicio por tanta gente que compraba en los comercios, además del pregonar de los tenderos que ofrecían sus mercancías. Caminaron hasta alcanzar el puente de uno de los brazos del Río Aksta, luego se desplazaron por las callecitas, entre los bazares de todo tipo de mercancía como: textiles, minerales, pieles, cerámica, perfumes, carpinterías y más. Al final tomaron el camino empedrado que llevaba al establecimiento La Ribera, al este de Mok.

—Necesitamos dos caballos —solicitó Deijor.

—Se cobra por día —dijo el dueño del negocio.

—Está bien. Necesito dos.

—Son dos dakas.

Cuando les entregaron los caballos, se desplazaron a galope de los corceles, por el camino a la orilla del río, así evitarían la ciudad. Al cabo de un rato de cabalgata, tomaron el camino estrecho al piedemonte, angosto y malo, que acortaba el tiempo a Keeba.

Sus ojos disfrutaron del agradable paisaje de todo el valle cuando observaron desde lo alto la caprichosa forma de serpiente del río.

Después de dos horas montados, se adentraron más al Bosque Antiguo donde se alzaba una de las arboledas más hermosas de todo Urimur. Atrapados por esa belleza disminuyeron el paso de sus corceles para deleitarse de tal panorama. Cuando se adentraron más a la floresta,

notaron que el escenario había cambiado.

Se hallaban en una parte de la montaña donde otro tipo de árboles predominaban. En ese momento la mayoría se encontraban desnudos, pero aun así la vista era cautivante ante sus ojos. Continuaron por ese camino hasta internarse en un denso bosque de pinos, que atravesaron para encontrar el camino principal a la aldea Keeba.

Después de tres horas de camino, la aldea Keeba humeaba a lo lejos, en una zona amplia y despejada. Hasta ahí terminaba la vía, más allá sólo se observaba un espeso bosque sin entradas.

Era de noche cuando arribaron a su destino. Detuvieron su andar con el propósito de preguntar por Josbet, a unas personas que se encontraron en la entrada de la población. Luego de recibir las indicaciones, avanzaron hasta llegar a un pozo, donde amarraron sus corceles y se dirigieron a una de las casas ahí cerca.

—Buenas tardes, ¿Josbet?

—Buenas tardes —saludó Josbet que se encontraba atando su caballo en la entrada de su morada, parecía que recién llegaba. Cuando volteó intentó reconocer el rostro de uno de los que había saludado, no tardó en caer en cuenta de quien se trataba.

—Ah... jaaa, ja —rio de gusto después de reconocerlo— ¡Dei! Vaya que estás muy cambiado. —exclamó emocionado— cuánto tiempo sin verte, mi buen amigo —ambos se estrecharon en un fraternal abrazo— ¿qué te trae por la aldea, muchacho?

—Estoy en busca de tripulación y sólo tú puedes ayudarme con eso.

Sonriente y dispuesto al pedido de su amigo, Josbet se encaminó a la entrada de la casa, mientras sujetaba el brazo a Deijor.

—Ya sabes que estoy para lo que quieras. Dime, qué más necesitas y yo lo conseguiré para ti.

Josbet y Deijor se habían conocido en el Bal-zu. Era un hombre grueso de barbas grandes, vestía un pantalón largo, blusa amplia, pesada, caía debajo de sus caderas, sujetada con un cinturón. Usaba unos zapatos de cuero.

Pasó a los jóvenes a una sala grande, donde ofreció a ambos una bebida alcohólica para que entraran en calor.

—Mira, ella es mi mujer, Adilana —la esposa de Josbet sonrió afectuosa en

señal de saludo.

Ella también era una media vida. Llevaba puesto un vestido verde con mangas combinadas en beige, encima traía un tipo de delantal en color rojo, su pelo estaba recogido y atado con una cinta, decorado con una trenza a cada lado. Observó a los jóvenes durante un momento y luego se retiró. Después regresó con un asado que colocó en el centro de la mesa.

—Te ha sentado muy bien el campo —sonrió Deijor. Señaló la barriga de Josbet y este se carcajeó.

—Pues tú te ves excelente, aunque ya se veía que ibas a ser grande, pero nunca me imaginé que tanto ¿Todavía navegas en el Bal-zu?

—No. Después de que te bajaste me quedé un poco más, luego me subí por poco tiempo a otra embarcación, hasta que decidí comprarme una. Es por eso que estoy aquí en Mok.

Adilana y Antok no intervinieron en la conversación, ellos se ocuparon en tomar los alimentos, mientras escuchaban la charla de ambos.

—¿De verdad, te compraste una?

—Sí, por eso estoy aquí.

—Ahora entiendo. ¿Y vienes a invitarme?

—Sí, quiero que seas parte de mi embarcación.

—Oh, no sé si mi mujer me dé permiso —dicho esto soltó una carcajada. Adilana lo miró con reproche— mi buen amigo, creo que me gusta más estar en suelo firme. Ya no pretendo volver al mar, Adilana y yo disfrutamos mucho vivir en Keeba.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que me cansé de esa vida, pero si necesitas tripulación te ayudaré con gusto. Conozco a algunos que tienen interés en embarcarse.

—Sí, pero preferiría que sólo fueran desertores.

—Bueno, desertores sólo puede haber en las tabernas.

Josbet se levantó para atizar un poco el fogón. Recogió un leño que había caído. Antok se levantó para acercarse al fuego, ya había terminado de

comer, quería calentarse un poco.

—Y este joven, ¿dónde lo encontraste? —preguntó Josbet.

—Él es Antok, nos conocimos hace un par de días en la taberna de Mok. Estoy tratando de convencerlo para que sea parte de mi tripulación.

Josbet se dirigió a Antok.

—Te aseguro que no tendrás mejor capitán que Dei, ni amigo más leal.

—Josbet, también necesito otra cosa —interrumpió Deijor.

—Dime, qué más necesitas —el capitán quería asegurar sus pertenencias, confiaba mucho en Josbet, así es que lo llevó afuera para hablarle.

Después de haber pasado la noche y parte de otro día en Keeba, en compañía de su gran amigo Josbet, llegó la hora de marcharse. La tarde estaba por caer. Deijor no quería demorarse más. No había tenido suerte en convencer a su viejo compañero de ser parte de su nueva embarcación.

—Me iré en unos días más, pero después volveré a Mok —anunció Deijor, mientras subía al caballo para emprender su regreso a la ciudad.

El viento arreciaba cuando tomaron el camino principal para retornar a Mok, pronto las casas humeantes quedaron atrás, Josbet aún los observaba desde lejos, viendo cómo se perdían en la lejanía del camino, mientras la gente continuaba con su día. Unos sacaban agua del pozo, otros venían con leña y los niños corrían de un lado a otro.

Nil, Antok y Deijor se habían reunido seguido en la taberna en compañía de Sey y Ómer, quienes no perdían la oportunidad para pedir a Deijor que los dejara ir con ellos. Siempre recibían un no por respuesta.

Los días pasaron, llegó el tiempo de volver a visitar al constructor.

El frío se había intensificado hasta lograr dolor en los huesos. Era la señal de que estaba por llegar el invierno y con él las fiestas que iniciaban con la llegada de Mok.

La esfera celeste tardaba tres meses en dar una vuelta a Urimur y trece meses en restaurar la energía que era necesaria para la vida en todo

Mok.

Los jóvenes pidieron a Deijor que se quedara esos días de festejo, pero él no estaba interesado en permanecer más tiempo en esa Casa. El sólo quería su embarcación para internarse en el mar y dejar todo atrás, como hacía siempre.

El momento tan esperado llegó. Esa mañana cayeron unas pequeñas plumas de nieve. El invierno ya estaba ahí.

—Vamos, Antok, hoy son las pruebas del barco, lo botarán al agua en un rato más —anunció Deijor al joven de Seb cuando este hablaba con Nil en el embarcadero.

Nil intentaba convencer a Antok para que disuadiera a Deijor de llevar también a sus amigos, pero Antok dijo que no podía hacer nada. Que aceptara las decisiones que había tomado su nuevo capitán, además que también estaba de acuerdo con él, entonces Nil dejó de insistir.

—¿Alguna vez has venido en el verano? —preguntó a Antok, en tanto dirigía su atención a la ciudad.

—No, es la primera vez que estoy en Mok —contestó el oriundo de Seb, mientras observaba el frío paisaje, a la vez que frotaba sus manos para finalmente darles calor con su aliento.

—Todo es verde y cálido por aquí en esos días. Los brazos del Río Aksta se desbordan e inundan la ciudad formando pequeñas islas que reverdecen y florecen en ese tiempo. No encontrarás mejor vista en todo el año ¿Ves esas montañas? Ahí se encuentra el Bosque Sagrado, con los árboles más poderosos. Los Taruinos, de enormes proporciones que superan los cien metros de altura, sus troncos miden más de seis metros de ancho, son los más antiguos, miles de años. De esos árboles está construida Mok, por eso tiene el aspecto inigualable de esa madera oscura. Tres cascadas adornan las laderas de la Sierra Grande, qué paisaje más adorable.

—Dicen que el gran Mok estableció la ciudad en este lugar —continuó hablando Nil— porque le recordaba su casa en Hamaella. La Gran Hamaella, según las historias antiguas, es la Casa madre, los ancianos cuentan que según los dichos de Mok, La Gran Hamaella está rodeada de agua, también dicen que era su gran nostalgia y que su más ardiente deseo era volver. Así es que recreó un pedacito de ella en Mok.

Refieren en las diferencias de las construcciones, dado por los elementos para edificar, que sólo existen ahí y que no hay nada parecido en Urimur —Nil tomó un poco de aire, luego continuó hablando.

Al norte y al noroeste se encuentran las aldeas más cercanas. Todo el resto es floresta, la única población que se encuentra en el Bosque Sagrado es la de Keeba, aunque no está muy adentro, se podría decir que se ubica donde inicia el soto.

No cualquiera puede entrar al Bosque Sagrado, está prohibido. La gente tala árboles cerca de Keeba, nadie tiene permitido ir más allá y aquel que se ha atrevido no regresa —Antok escuchaba atento a Nil, sin interrumpirlo, Deijor había hablado un poco de esa historia— ahí también nace el árbol sangre de dragón, dicen que esos maderos sólo se dan en esas montañas y que los árboles de su alrededor los protegen, ya que no se dan por montones como cualquier otro.

—¿Sabes? —siguió hablando Nil— un día cometimos un error. Subimos a la montaña, cerca de Keeba, y en el sendero que recorríamos encontramos un pequeño sangre de dragón, aislado. A Sey se le ocurrió desangrarlo para ver qué sucedía, luego de eso, el árbol se pintó de blanco como si estuviera muerto. Tomamos un poco del fluido rojo derramado y regresamos a la ciudad. Hicimos creer a todos que nos habíamos lastimado. Nos tiramos en medio de la plaza, pintados de sangre, pronto se hizo un gran alboroto. Cuando se dieron cuenta de lo que se trataba, nos expulsaron de la ciudad por un tiempo, hasta que pedimos una disculpa pública para que se nos permitiera regresar, siempre y cuando con la promesa de no volver a cometer sacrilegio, dijeron los ancianos. Recuerdo que mi madre ya no volvió a la ciudad, a veces creo que...

—¿Qué cosa?

—Nada.

—¿Por qué no te quedas en Mok? una vez en el océano no podrás volver atrás —Antok intentó persuadir a Nil, él pensaba que era una buena persona que estaba a punto de equivocarse.

—Es algo que ya está decidido Antok. Me iré de Mok para siempre —dijo determinado.

—Bien, entonces ese día llegó —contestó Antok, luego se levantó— iré a ayudar a botar el barco ¿No irás?

—Voy a quedarme aquí un momento más.

—Entonces, te veo después. Prepárate para el viaje.

Nil permaneció sentado en el muelle, mientras Antok se dirigía hacia el astillero. Desde ahí observó el afán de los expertos, llamados carpinteros de ribera, por botar el barco al agua. Luego volteó a ver la ciudad. Esa

mañana Mok le pareció más hermosa que nunca. Los tenues rayos de Sol que se filtraron por un momento entre la nubosidad del cielo, iluminaron las construcciones altas de madera. El templo sobresalía entre todas las construcciones. Había cinco brazos del Río Aksta, bajaban de las montañas del Bosque Sagrado, en ese momento eran pequeños riachuelos congelados, por la época de estiaje.

El invierno ha arribado —pensó Nil, observó los pequeños trozos de hielo que flotaban sobre el agua, también las plumillas de nieve que caían. Pronto se perdió en los recuerdos de aquellos días, cuando acompañaba a su mamá al templo, al sur de la ciudad. Ahora era huérfano; su madre había muerto y su padre se había ido. Hacía mucho tiempo que estaba solo, nada sabía de él.

Nil sintió una opresión en el pecho que dificultó su respiración por un momento, las lágrimas se asomaron, hasta que terminaron por derramarse sobre su rostro enrojecido. En un intento por contener el llanto respiró hondo, al final suspiró; aceptó su destino. No estaba seguro de las decisiones que tomaba, pero después de todo parecía ser ese su rumbo.

Después de aquel momento, se desplazó por el muelle humedecido hacia la ciudad, donde se encontró con sus amigos. Sey, ese día se veía más ojeroso que de costumbre, se acercó para susurrarle algo al oído, mientras que Ómer se mantenía atento a la reacción de Nil.

Permanecieron un rato en el lugar conversando en actitud sospechosa.

Antok y Deijjor continuaban en el astillero. Habían tenido problemas para echar el barco al agua, hasta que fue sujetado con unas cuerdas enormes, lograron bajarlo sin más contratiempos.

Deijor agradeció al constructor y finiquitó el pago del navío.

A media mañana, en último momento, Antok logró conseguir cuatro tripulantes más: Calek, Sántor, Óduk y Leat a quienes habían salvado de las garras de los marineros de la embarcación Rak-Ru. Deijor les ofreció trabajo, comida, además de una vida digna por siempre, pero sobre todo el respeto que ellos merecían. Los muchachos accedieron a formar parte de la nueva embarcación.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Deijor al más grande de los cuatro, que se quejaba por los golpes que presentaba.

—Sántor de Mak —dijo el joven de ojos dorados y piel bronceada. Su rostro estaba marcado por una notoria cicatriz en el lado derecho de la

mejilla.

—¿Edad?

—19 años.

—¿Y tú? —preguntó al siguiente.

—Calek de Taek, tengo 17 años —dijo con su singular acento del desierto de Taek. Calek era alto, escuálido, de piel blanca, ojos verdes, rostro cuadrado. Se veía igual de maltrecho que los demás. Deijor dirigió su mirada a Óduk. Este se anticipó a contestar.

—Óduk de Hae, 16 años. Como ya sabe todos nos bajamos esta mañana del Rak Ru. Éste, es Leat —presentó a su consanguíneo, que se limitó a escuchar— también de Hae, tiene 15 años, es mi hermano —Deijor observó a Leat, era bastante flaco, el pelo caía a los hombros igual que al resto, de semblante pálido, ojos azules, mientras que Óduk era un poco más grueso, de mirada profunda y triste.

—¡Bien! Llévalos a que se cambien de ropa y que descansen un poco antes de marcharnos.

Pasadas las horas, el tiempo de partir llegó.

—¡Listos para zarpar! ¡larguen las amarras!

—¡Están libres! —gritó Sántor

—¡Las velas Nil! —ordenó el capitán. Estas se abrieron como un ave a punto de iniciar el vuelo.

Cuando El Navegante se hizo a la mar, aparecieron unos listones de luz entre las nubes grises.

El mejor augurio de viaje —pensó Deijor.

Pasados los días, se encontraban en altamar con dirección a Hae.

Era una tarde calurosa, Antok se quejaba por la incomodidad que sentía, debido al clima. El sudor corría por su frente, pasó su mano humedecida por la cara para quitarse las gotas que caían en sus ojos. Además del clima todo parecía estar bien. Se dirigió a la cocina a prepararse algo.

—Necesito algo fresco —se decía, pues con ese calor no se antojaba nada caliente. Se asomó a las alacenas, nada encontró, bajó a la bodega para

ver qué conseguía ahí. Antes de entrar escuchó murmullos, le pareció extraño, ya que todos se encontraban arriba. Entró con cautela a la bodega. Se percató que había alguien más. Eran Sey y Ómer, quienes se habían ocultado ahí durante todo ese tiempo que llevaban de viaje.

—¡Antok! —exclamó Nil, sorprendido.

—Pero, ¿qué has hecho Nil? —profirió Antok, boquiabierto.

Sey y Ómer se inquietaron cuando fueron sorprendidos. Ellos esperaban no ser encontrados hasta llegar a la siguiente Casa, pues temían que Deijor volviera a Mok a dejarlos.

—Esto no le va a gustar nada a Dei —dijo Antok con desapruero— sabes muy bien lo que piensa al respecto.

—No se lo digas Anto, espera a que lleguemos al siguiente puerto —suplicó Nil, de inmediato fue tras Antok con la intención de detenerlo. No tuvo suerte. Paró bajo el marco de la entrada de la bodega, sólo para verlo alejarse sin atender su ruego, luego volteó hacia sus camaradas. Su mirada se transformó en desconcierto. Ahora tenían que esperar a que Deijor llegara.

Antok se dirigió a la cubierta, donde vio a Sántor al timón, era un día soleado que Sántor parecía disfrutar, sus ojos dorados resaltaban por su fuerte tono de piel, apenas había tomado el mando. Cuando vio que su capitán no se encontraba en el gobierno de la nave, se trasladó al privado, abrió la puerta y sorprendió a Deijor, que en ese momento se llevaba un cigarrillo a la boca.

—Dei, hay algo que no te va a gustar.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán frunciendo el entrecejo.

—Será mejor que tú mismo lo veas —insistió Antok y se encaminó para mostrarle.

Deijor se levantó con el cigarro en la mano, siguió con pasos largos a Antok hasta la bodega, donde estaban Nil, Sey y Ómer, temerosos de enfrentar al joven corpulento. Cuando Deijor entró, vio con sorpresa y desapruero a los tres mozos de Mok.

—¿Qué hacen ellos aquí? —cuestionó, luego dirigió sus destellantes ojos negros hacia Nil, pero este bajó la mirada, avergonzado, sin decir palabra alguna —¡Estoy esperando! —exigió con una voz áspera.

—Bueno, es que... —balbuceó Nil. Levantó la mirada y se encontró con el

ceño fruncido del capitán, que esperaba su contestación.

—Sólo queríamos venir con usted capitán, queríamos formar parte de su tripulación. No se nos ocurrió más que hacer esto, señor. Nil no tiene la culpa, fue idea de Ómer y mía —intervino Sey tratando de justificar su intrusión en El Navegante.

Deijor salió furioso, asestó un fuerte golpe a la puerta. Sus enormes pisadas retumbaban más de lo cotidiano, subió a la cubierta, anduvo de un lado a otro. Le molestaba mucho que unos muchachos tan jóvenes echaran a perder su vida sólo por caprichos.

—¿Qué harás Dei? —preguntó Antok— Deijor hizo un ademán con las manos como preguntándole a Antok.

—Si ya están aquí ¿qué puedo hacer Anto? No quiero verlos. Asígnales algo —agregó molesto.

—Podrían ayudarme en la cocina, mientras encontramos un cocinero —dijo Antok con una sonrisa ancha

—No, mejor que ayuden a Nil.

Ahora El Navegante contaba con nueve tripulantes.

Los días pasaron, aquel incidente quedó atrás, El Navegante y su nueva marinería surcaba las aguas de los océanos, deteniéndose en cada puerto para reclutar desertores.

Completaron la dotación con siete más. Eron, de Yap; Dosak, de Tuk; Abdek, de Zoulk; Emae, de Taek; Erian, de Tae y Darko, de Druk, todos ellos encontrados en una Casa distinta a la que pertenecían.

Eron y Abdek se encontraban en Hae cuando fueron reclutados, ambos se dedicaban a la caza. Aunque intentaban integrarse, se distinguían entre la población de Hae. A ambos los unía la amistad después de haberse encontrado vagando en esa Casa.

Mientras que Dosak, de Tuk, alto, corpulento, de cabellos castaños y tan arrogante como todos los de esa Casa, fue reclutado en Zoulk. Había salido de Tuk a la edad de 15 años, con la promesa de convertirse en capitán, por aquellos que lo incitaron a desertar. En un viaje a Zoulk decidió quedarse a vivir en esa ciudad para trabajar en las minas, con la esperanza de reunir suficiente urek para regresar a Tuk.

Erian, el pelirrojo, también fue encontrado en Zoulk junto con Darko, piel de ébano, corpulento, de facciones recias. Ambos con características resaltables entre los habitantes de esa Casa, ninguno fue bien visto en Zoulk, pero como se necesitaban trabajadores en las minas, sólo por eso fueron aceptados.

Y el último: Emae de pelo oscuro, piel morena y de complexión gruesa, fue encontrado en el muelle de Zok, reclutado como cocinero para el Navegante. Acababa de llegar a esa Casa, era un vagabundo.

Todos menores de veintitrés años, encontrados y reclutados en las tabernas, integraron el resto de la tripulación. Desde entonces se encontraban viajando en El Navegante dirigido por Deijor, su capitán.

III. En Coek

Después del arribo del Navegante a la ciudad de Coek. Deijor, Antok y Nil llegaron a la taberna para presentarse.

—¡Señor! —pronunció el capitán, acto seguido, con una leve inclinación de cabeza saludó al tabernero, que en ese momento sostenía una garrafa en su mano— somos de la embarcación del Navegante ¿puede correr la voz? estaremos en la ciudad durante dos días, por si alguien desea hacer algún encargo o comprar de nuestra mercancía.

El hombre observó a los recién llegados con evidente incredulidad. Deijor era un hombre gigantesco para cualquier Casa. Esa mañana vestía una camisa blanca de manga larga, abierta del pecho, pantalones oscuros y botas altas. Antok, de Seb, vestía unos pantaloncillos largos, camisa gris de cuello redondo y botas altas; Nil, de pelo castaño claro hasta los hombros, recogido en una media coleta alta, llevaba unos pantalones negros y una camisa color arena.

¿Será posible? —pensó el tabernero después de observarlos.

—¿Embarcación? —pronunció descreído— hace mucho tiempo que nadie entra a la ciudad. ¿Acaso el paso está reabierto?

—¿El paso? No sé a qué se refiere —contestó Deijor, sin comprender al tabernero.

De inmediato el cantinero dejó la garrafa sobre la barra para luego salir de prisa de la taberna, con la intención de dirigirse al embarcadero. Los jóvenes vieron desconcertados, mientras este se marchaba con premura,

caminaron hacia la entrada del local y desde ahí observaron como el tabernero se perdió cuando dio vuelta hacia el templo.

—Qué hombre tan más extraño —expresó Antok.

Cuando regresaron adentro, uno de los sirvientes se acercó a ellos.

—Nada, ni nadie ha entrado a Coek desde hace mucho tiempo. Tiakel ha ido a ver si las rocas han desaparecido —escucharon decir. Los jóvenes se miraron, pero no preguntaron nada.

Cuando Tiakel, el dueño de la taberna, pasó por la plaza, vio al resto de la tripulación que se paseaba por la ciudad. Continuó con rapidez hacia el muelle, para observar el interminable anillo de rocas y la recién llegada embarcación de los media vida, apostada en el embarcadero.

Después de lo sucedido en la taberna, los marineros regresaron a la nave.

Toda la tarde recibieron encargos y vendieron mercancía.

Cuando el último comprador abandonó el puerto, el capitán se retiró a su privado, se sentía cansado después de ese ajetreado día. Se dirigió a su escritorio, hizo a un lado los papeles que tenía en la pequeña mesa de trabajo y se acomodó en la silla para tomarse un descanso.

Después de un rato salió a cubierta, merodeó un poco a su alrededor, bajó y caminó por el muelle, encendió un cigarrillo, después se dirigió a una de las bancas que se encontraban cerca para recostarse en ella. En esa posición pudo ver de otra perspectiva las puntas de las construcciones, que aún eran iluminadas por los últimos rayos de Sol.

El aire soplaba con calidez, la luna estaba por alzarse en el horizonte, también Zok, una de las doce esferas celestes, estaba en lo alto.

El joven metió la mano en su bolsillo y sacó una piedra preciosa, que había obtenido en uno de sus tantos recorridos por el mar, en la Casa oculta de los Ungals. La piedra cambiaba de color, de día era azul y por la noche tenía un resplandor rojo, como de los rubíes, pensaba que sería un buen regalo para alguien especial, pero él no tenía a quien obsequiársela, hacía mucho tiempo que andaba solo por los mares y todavía no consideraba buscar a alguien, pues creía que no sería justo para ninguna mujer vivir con un media vida.

Observó una de las estatuas al lado de la banca. Una gran roca, moldeada con cuerpo de mujer con alas, que sostenía una antorcha encendida.

Coek siempre le había parecido enigmática, pero ahora ya no sabía que era esa ciudad.

Posteriormente, miró a los pescadores en sus armadías, alrededor de toda la ciudad. Llevaban un farol alto atado a ellas por la punta, para alumbrarse y unas cestas para depositar la captura. La gente aprovechaba las horas del crepúsculo para salir a pescar.

El templo se erguía tras de él, tan imponente como la entrada al muelle. Todas las construcciones de la ciudad culminaban en chapiteles. Del otro lado de la calle, se encontraban unas viviendas con aire de complicidad mística, donde reinaba el silencio y la soledad.

Complacido de haber disfrutado de toda aquella magia que transmitía Coek, determinó que era hora de marcharse y reunirse con sus amigos, se levantó de la banca para dirigirse hacia la plaza. Mientras caminaba, la tenue brisa impregnaba su rostro. Embebido por lo que producía todo el lugar, no se percató de lo que ocurría en su entorno, hasta que sus pensamientos fueron interrumpidos por una discusión, que provenía de una callejuela que se encontraba a espaldas del gran templo blanco.

Llevado por la curiosidad, subió por unas escaleras lamosas y oscuras, hasta toparse con unas paredes altas que apenas dejaban que la luz de la Luna iluminara la gran sombra, que cobijaba el lugar, se adentró hasta encontrar a dos personas, un hombre blanco, maduro, de cabellos lacios canosos, alto y delgado, que vestía una túnica de color negro. Tomaba del brazo a una mujer joven, mientras la sacudía con rudeza.

—¡Es tiempo! ¡no podemos esperar más, ya hemos esperado demasiado!
—exigía a la afligida dama, mientras ella sollozaba.

—No sé si pueda —lloró la mujer.

Entre tanto Deijor observaba la escena sin que ambos se percataran de su presencia.

—¡Debes entender que ya es tiempo! —amenazó el hombre, bastante alterado

Sacudió de nuevo a la mujer y la lanzó enfurecido contra una talla, que sostenía una antorcha que parecía apagada. Ella se apoyó en la gran efigie como si esperara que esta la protegiera.

Deijor no esperó ver más y sin titubear se entrometió.

—¿Señora, está usted bien? —preguntó a la mujer.

Ella volteó sorprendida y de inmediato se colocó la capucha para cubrirse el rostro, mientras que el hombre de cabellos plateados se acercó veloz a Deijor para empujarlo de forma amenazante.

—¿Quién es usted? ¡Retírese! —Deijor ignoró a quien le pareció un abusivo.

—¿Señora? —preguntó de nuevo a la joven, quien continuó sin proferir palabra alguna.

Ella, bajó el rostro para ocultarlo en la sombra que prodigaba la capucha. Aprovechó que el hombre de cabellos plateados se había alejado suficiente de ella para incorporarse y escapar por otro callejón al lado del templo.

El adulto de cabellos blancos, encolerizado, empujó de nuevo al capitán.

—¡Le dije que se retirara! —gritó furioso, pero Deijor lo ignoró de nuevo. No consideró que fuera una amenaza para él.

Tan pronto como el adulto de cabellos blancos y lacios se dio cuenta que la mujer se había ido, sacó una daga argentada de la cintura y amenazó al hombretón. Deijor pudo ver la frialdad dibujada en su rostro, luego el hombre volteó y observó que la antorcha de la estatua se encendía poco a poco, hasta avivarse suficiente para alumbrar todo el lugar. Sorprendido inició la retirada, no sin antes lanzarle una mirada amenazante al joven media vida.

Deijor fue por donde vio a la mujer marcharse. Llegó al templo, bajó las escaleras hacia la plaza, pero no la encontró, había gente por todos lados. Caminó y esperó por un buen rato, deseando encontrarla, pero no fue así. Pasadas las horas, emprendió su regreso al Navegante, todavía sorprendido por lo presenciado esa noche, no podía creer que alguien pudiera tratar así a una mujer.

En su privado, se acordó del libro que habían encontrado y que dejó sobre el escritorio, pero no tardó en darse cuenta que ya no estaba, buscó en los estantes, pero tampoco estaba ahí.

—¡Anto, Antoi —llamó para averiguar sobre el libro. Antok escuchó el llamado y se apresuró al privado de su líder.

—Sí —atendió Antok, mientras se recogía un mechón de pelo y lo acomodaba hacia atrás.

—¿Qué haces? —preguntó Deijor— ya es tarde.

—Limpio el desorden en la cocina. No sé quién haya entrado a desordenar, de seguro fueron Sey y Ómer, parece que no se sacian

nunca.

—Anto, ese no es tu trabajo, pero bueno, ¿Tomaste el libro que tenía en mi escritorio? —indagó el capitán.

—No. ¿No lo encuentras? ¿Quieres que pregunte si alguien lo tomó?

—No, ya es tarde. Mañana preguntas.

El dueño del Navegante se levantó de su mesa de labor para ir a su habitación.

—También ve a descansar Anto. Deja que Emae se encargue de sus quehaceres mañana.

—Ya iba hacerlo. Que descanses.

Al día siguiente, el embarcadero fue muy concurrido, personas llegaron de todas las aldeas para comprar mercancía, además de hacer encargos para la próxima vuelta.

—Capitán, ¿subo el resto de la mercancía a cubierta? —preguntó Darko.

—Dame un momento —el jefe del navío tachó de su libreta unos encargos y luego subió con Darko a la nave.

—Qué bien, casi está vacío —exclamó Deijor cuando vio el área desalojada y que por la mañana estaba llena de bultos y mercancía— ¿Quién te está ayudando?

—Sántor y Ómer. Anto me pidió que acomodara lo que quedaba de la mercancía y que subiera el resto que hay en la bodega.

—Está bien ¿Dónde están los demás?

—Unos están abajo en el muelle y los demás deben de estar por aquí. Nil y los botas limpias están por allá revisando la embarcación. Nadie se ha ido capitán, estamos esperando terminar.

—¿Y Anto?

—Creo haberlo visto abajo en el muelle.

—Dile que venga.

—Sí, mi capitán, ahora voy a buscarlo. Muchachos —señaló al grupo—

espérenme en la bodega. Iré a buscar a Anto, no me tardo.

—Vamos Ómer, quiero acabar rápido para ir a la taberna —empujó Sántor a Ómer para apresurarlo.

Al cabo de un momento, Darko subió a la cubierta acompañado de Antok.

—¡Dei! —pronunció Antok cuando entró a la cámara del capitán.

—Siéntate, necesito que hagamos cuentas y me des la lista de los encargos. Trazaremos la ruta de viaje.

Una vez que terminaron su trabajo, todos dejaron el navío, excepto Deijor, quien bajó al final para dirigirse a la misma banca donde había pasado la tarde un día antes. Cuando se encontró al lado de la escultura alada, con toda calma se acomodó en la banca y sacó de su cintura una libreta azul desgastada, cocida con hilos dorados, donde registraba todos sus compromisos y encargos, con la idea de concluir su ruta de viaje, pues tenía toda la intención de marcharse pronto de la ciudad.

El lugar era inhóspito por las noches, ya que no había barcos que anclaran en la ciudad, ni personas que caminaran por el muelle.

La tarde caía en un entorno de calma, mientras que la niebla cubría levemente la ciudad. A lo lejos, entre la bruma, vio venir el desfile de varias personas que vestían de capas. Unos iban adelante y otros atrás, cubrían a alguien en medio. Todos tapados hasta la cabeza. Cuatro de ellos vestían de color gris. Llamó la atención de Deijor la mujer que iba en el centro.

Llevaba una capa oscura. Sobresalía el forro en color granate, también ocultaba su apariencia. Cuando pasaron cerca del joven, la mujer volteó con discreción y encontró su mirada con él. El capitán se perturbó al verla. Mientras, el grupo continuaba su marcha hasta llegar a una casa que se encontraba del otro lado de la calle, una de esas viviendas enigmáticas de terminación puntiaguda. Tocaron la puerta y alguien descubrió una rendija, miró por ella y luego abrió, pero antes de entrar, la extraña mujer murmuró algo a uno de sus acompañantes, a un muchacho de piel pálida y cabellos blancos. Este dirigió su mirada hacia donde Deijor se encontraba, enseguida todos entraron y la puerta se cerró.

El cortejo de las personas misteriosas produjo cierta curiosidad en el joven media vida. Recordó la noche anterior, al hombre y la mujer en el callejón. Trató de dejar atrás el incidente y continuó su tarea. Una vez que terminó de hacer algunas anotaciones en su vieja libreta, regresó a la embarcación, guardó el cuaderno en su escritorio y observó por un

momento por una pequeña ventana en forma de círculo el incesante oleaje del mar.